

BLANCA SOLARES/CARLOS BALLESTEROS

UN ITINERARIO INTELECTUAL

ENTREVISTA A JUAN GARCÍA PONCE

—En la introducción a una entrevista que le hacía María Luisa Mendoza en 1963, cuando tenía treinta y un años, ella consideraba que usted pertenecía a la literatura representada por jóvenes que vestían completamente diferente unos de otros, que vivían por lo general en el desahogo y que se identificaban porque casi todos se divertían por igual. Decía incluso que usted era un joven que siempre reía. ¿Podría hablarnos un poco de su juventud?

—Está tan lejana que apenas si me acuerdo, pero creo que después de todo no he cambiado tanto en relación con lo que dice María Luisa Mendoza. Sigo teniendo las mismas malas costumbres de entonces, entre otras la de escribir continuamente. Es muy extraño recordar ahora esa entrevista —que la China me hizo en un departamento que yo tenía en Reforma, donde vivía con mi segunda mujer, que es la madre de mis dos hijos. Es raro que al cabo de tanto tiempo siga siendo objeto de entrevistas, aunque por lo menos da testimonio de una obstinación absoluta.

—Sabemos que a los diez y nueve años se fue a Europa, en donde pasó casi dos años, según decía usted en otra entrevista “perdiendo el tiempo, visitando museos y leyendo”. ¿Por qué no continuó sus estudios universitarios?

—Porque la mejor manera de ganar el tiempo es perderlo, visitando museos, leyendo, y eso es lo que debe enseñar siempre la universidad, y porque, gracias a esa continua pérdida de tiempo, yo pude llegar a la Universidad armada con una serie de conocimientos que debo admitir, modestia aparte, eran muy superiores a los de la gran parte de mis compañeros que no habían perdido nunca el tiempo.

—Para usted, ¿cuál es la relación que guarda el artista con la universidad?

—Bueno, yo soy totalmente un universitario. Un mal universitario si quiere, en el sentido de que era un mal estudiante, y un buen universitario en el sentido de que amo a la universidad, que me importa mucho, que he sido maestro en ella, lo cual me ha llenado de un honor, de un sentido de honor inmerecido. Total, que he trabajado durante diez años en el Departamento de Difusión Cultural y colaboré intensamente en la Casa del Lago; que he estado unido a muchas empresas universitarias, principalmente en el terreno del ar-

te, de la literatura, del pensamiento, de la enseñanza, y por fortuna hasta en la rebelión civil cuando ello fue necesario.

—Sabemos que en su caso personal la universidad representó un lugar de reunión —la Casa del Lago, por ejemplo— en torno al cual confluyó toda una generación de escritores, poetas, pintores; más tarde usted ha participado en diversas actividades universitarias. ¿Qué influencia ha tenido esta casa de estudios en su desarrollo como artista y como crítico?

—La universidad ha sido siempre para mí, como para mis mejores amigos, un instrumento vivo que estaba a nuestro servicio, mediante la voluntad nuestra de estar al servicio de ella. Lo que intentamos allí fue hacer revistas, promover actividades culturales que ampliaran de algún modo el ámbito general de la universidad, que no debe de estar reducido a la enseñanza directa —aunque esta enseñanza también es muy importante y debe tratar de mejorarse continuamente.

—En relación con esto último, para algunos la universidad se ha convertido en un simple liceo, en una institución que lejos de permitir algún aprendizaje sólo ofrece una acumulación de conocimientos. ¿Para usted cuál es el sentido de la universidad?

—Ninguna acumulación de conocimientos es mala en ninguna ocasión. Siempre hay que acumular un mayor número de conocimientos y todos los que la universidad pueda proporcionarnos deben de ser aprovechados. Pero si lo que ustedes quieren decir es que la universidad no debe tomarse como un refugio para desarrollar una labor meramente académica, yo estoy de acuerdo. Creo que la universidad es un instrumento vivo que a mí me ha servido para aumentar mis posibilidades de conocimiento en la literatura y en otras muchas disciplinas y a los que he tratado de utilizar en mi propia labor como artista.

—La actuación de la universidad no se limita al simple campo universitario, entonces...

—Claro que no. 1968 es una prueba magnífica...

—A los treinta y un años usted era ya reconocido como un importante escritor. ¿Podría contarnos algo acerca de la universidad de los sesenta, de su actividad dentro de ella?

—Sí. No me avergüenzo, de alguna manera, de tener un aspecto elitista. Primero pasé dos meses en Mascarones —imáginese, en el edificio de Mascarones todavía. Me retiré porque me sentí demasiado incapaz y porque tenía muy poca

Esta entrevista a Juan García Ponce fue realizada por la Dirección General de Proyectos Académicos de la UNAM como parte del homenaje a los universitarios reconocidos en las ciencias, las artes y las humanidades.

disciplina. Pensaba que era imposible ser escritor, y entonces fue cuando hice ese viaje a Europa del que hablamos. Después, cuando yo empecé a ir de nuevo a la universidad en 1954, entré a un maravilloso edificio casi vacío en el que las clases tenían ocho o diez alumnos, hasta llegar a los treinta —que era ya un exceso. Además estaba plagada de mujeres guapísimas porque los hombres no estudiaban filosofía y letras en esa época: era una actividad poco recomendable, verdaderamente poco masculina si ustedes quieren. Mis recuerdos de esa universidad son los de pasillos solitarios, clases pequeñas, discusiones muy intensas en cafés muy agradables, que ahora ya no existen. Todo eso me ha permitido observar un cambio en la universidad, que después de todo es un cambio muy parecido al que apreciamos en la misma ciudad de México. Por ese entonces llegar a la Casa del Lago en Chapultepec era un placer y una facilidad y ahora es una tortura sin cuento. Pasa un poco lo mismo con la universidad, pero afortunadamente cuando he dado clases en la universidad ha sido siempre en seminarios, en grupos muy especializados, así que no he tenido que pasar por la tortura de darle clases a trescientos alumnos —lo que debe ser terrible, francamente.

—¿En los sesenta tenía usted alguna actividad dentro de la UNAM?

—En los sesenta era secretario de la *Revista de la Universidad*, en la que —también modestia parte, debo decir— fue la mejor época de la revista... Y, fíjense, yo trabajé en la *Revista de la Universidad* desde 1956 hasta 1966, fecha en que Gastón García Cantú nos corrió por antinacionalistas de manera destemplada y desairada y con las más bajas acusaciones. Sin embargo, ahí está la revista como testimonio de que nuestra labor no fue tan mala.

—¿Se estudiaban algunas corrientes de pensamiento en especial?

—Todas, todas, todas desafortunadamente, con grandes discusiones, con terribles pleitos y con opiniones muy diversas que eran la gran ventaja de esa época. Como eran grupos más pequeños, el contacto también era más grande.

—¿Dominaba alguna corriente?

—Pues depende, según las personas, según la elección de cada quien. Cada cual tenía sus favoritos, desde luego.

—¿La de usted?

—Son innumerables. Están en mis libros de ensayos.

—Fue jefe de redacción de la *Revista de la Universidad* y continúa colaborando en ella (tal es el caso del magnífico ensayo sobre Balthus que apareció allí). ¿Qué piensa de la difusión cultural a través de las publicaciones universitarias?

—Hay que intensificarla y hay que mejorar totalmente todo el aparato meramente administrativo. Por otra parte, yo considero que siempre he estado cerca de la *Revista de la Universidad*; cuando no estuve cerca fue porque no me querían ver por allí.

—¿Por qué decidió fundar junto con Tomás Segovia la *Revista Mexicana de Literatura*?

—Yo no fundé la *Revista Mexicana de Literatura*. La *Revista*

Mexicana de Literatura fue fundada por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, bajo la inspiración de Octavio Paz. Esa es la primera época de la revista. Tomás y yo hicimos su segunda época. Por lo demás, Tomás estaba cerca de Carlos Fuentes y desde la primera época trabajaba en la revista. Yo todavía no lo hacía porque andaba por Europa perdiendo el tiempo. Luego Tomás me llamó y me propuso hacer la revista juntos y se inició la segunda época, que duró diez años aproximadamente y que abandonamos porque llegamos a ser tan exigentes que ni siquiera lo que nosotros escribíamos nos parecía bueno.

—¿Qué publicaciones periódicas sobre arte, cultura y filosofía le parecen actualmente importantes en el país?

—Yo soy parte de la redacción de la revista *Vuelta*, así que no vale ser juez y parte. Pero hay varias: la misma *Revista de la Universidad*, bajo la dirección de Julieta Campos, ahora tiene un lugar muy destacado. También está “México en la Cultura”, el suplemento de *Siempre!*, del que yo al principio fui colaborador y del cual nos corrieron. Aunque yo ahora no colabore allí sigo siendo muy amigo de Carlos Monsiváis, que no es subdirector directo según dice él, aunque todos sabemos que lo es. Y es indudable que el número de revistas se multiplica. Muchas de ellas siguen adelante. La *Revista de Bellas Artes* tuvo épocas magníficas, por ejemplo cuando fue dirigida por Huberto Batis.

—¿La primera traducción de un libro de Marcuse en México fue hecha por usted?

—Mire: en 1961 aproximadamente la *Revista de la Universidad* dedicó un número a Freud y en ese número aparecía ya la traducción del epílogo de *Eros y Civilización*, traducido por mí. Y por eso instigamos a Joaquín Díez Canedo, que es director de Editorial Mortíz, a que publicara *Eros y Civilización*. Yo me encargué de hacer la traducción; fue una tarea gloriosa y espantosamente difícil que me costó muchísimo trabajo. Recuerdo que el primer año se vendieron aproximadamente ochenta ejemplares, el segundo año se vendieron aproximadamente cuarenta, el tercer año, veinte, y el cuarto, ciento veinte mil.

—¿Marcuse era poco conocido en México?

—No era conocido en México, simplemente. Su difusión en México se debe a mí, honestamente.

—En el ensayo sobre la obra de Pierre Klossowski usted habla de que la vida en cuanto puro despliegue no tiene ningún sentido, sino que lo encuentra al realizarse como obra de arte. ¿Cuál es el sentido, la razón de su escritura?

—Qué bárbaros, los felicito por todo lo que han leído. ¿Han leído el ensayo sobre Pierre Klossowsky? Es de una complicación terrible, verdaderamente.

—Pero es muy bueno.

—Qué bueno, gracias. Pero se me perdió la pregunta. ¿Cómo era?

—¿Cuál es el sentido, la razón de su escritura?

—Precisamente el de volver a apresar el sinsentido de la

vida y convertirlo en un sentido a través del lenguaje, a través del arte, a través de las imágenes —de los simulacros, como diría Klossowski.

—¿Qué es producir una obra actualmente?

—Producir una obra es exactamente lo mismo que debió serlo en la época de Homero; seguir las voces secretas, buscar un ritmo para el lenguaje, tratar de escuchar bien lo que pasa alrededor y expresarlo de una manera que sea comunicable, sin hacer ninguna concesión al público.

—Un poco lo que decía acerca de que uno se arriesga a ser leído...

—Pues sí, también lo digo en el ensayo de Klossowski: uno no escoge a sus autores, los autores lo escogen a uno.

—José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Corzas, ¿cómo los conoció?

—Somos más o menos de la misma edad todos, todos llevamos más o menos el mismo tipo de vida, frecuentábamos los mismos lugares. Entonces, pues, nos hicimos amigos por afinidades naturales. Es lo que podríamos llamar mi generación. Esto en el terreno de la pintura, e igual podría hablar en el terreno de la literatura de otros muchos nombres, que me han acompañado durante todos estos largos cincuenta años, desde que tenía como veintitres más o menos. Nos juntábamos en la Casa del Lago, pero antes de la Casa del Lago ya nos conocíamos: Vicente era el formador de la "Cultura en México" o "México en la Cultura" (nunca he podido diferenciarlos) cuando todavía estaba en *Novedades*, y ya desde entonces nos conocíamos. Yo escribí la primera nota crítica sobre Vicente en 1961. Empecé a ser crítico de arte en el cincuenta y nueve con una exposición de Juan Soriano, y eso sin ninguna intención de ser crítico de arte, lo digo francamente. Lo que pasa es que luego, como me gustaba la pintura, seguí escribiendo sobre ella. Se escribe sobre el artista en pintura, como se escribe sobre algunos personajes que a uno le interesan, o sobre un paisaje, y como se hace una novela o un cuento.

—¿Vivía en Nueva York cuando escribió el artículo sobre Juan Soriano?

—Yo me fui a Nueva York en 1960 con una beca de la Fundación Rockefeller y estuve un año y pico, casi dos. Luego estuve viajando también por Europa, por cuenta de la fundación Rockefeller, ya ven: soy un servil del capitalismo. Quiero aclararle que la beca de la Fundación Rockefeller fue para ver teatro, porque yo escribía sólo teatro en esa época. Pero aborrecí de tal manera el teatro en Broadway que nunca más fui, y como me pagaban los boletos me iba a la salida y recogía los talones que la gente tiraba para demostrar que había ido. Yo iba sobre todo a los museos, al espectáculo de la ciudad misma, a las galerías. Me divertía como nada en el Actor's Studio oyendo chismes de las actrices. Pobrecita gente, ignorante total: ahí es donde uno se puede dar cuenta de que no es tan subdesarrollado. Uno iba a Nueva York y conocía autores de los que ellos ni habían oído hablar. Uno decía por ejemplo Cromelynk, el de *El estupendo cornudo* y nadie tenía idea de quién era Cromelynk. Uno decía Musil y en su vida habían oído hablar de tal cosa. Entonces, de lo que me di cuenta fue de que nosotros éramos infinitamente superiores porque éramos como judíos de la cultura: toda la cultura era nuestra.

—El tiempo corre precipitadamente en Nueva York, todo va tan rápido...

—No, ahí son muy provincianos. Son espantosamente provincianos.

—¿Cómo ve a la pintura mexicana en relación con la de otros países?

—La pintura mexicana tiene su propio lugar, aunque es bastante desconocida en el extranjero. Por ejemplo: los países cultos, digamos, tienden a ignorar un poco lo que hacemos en los países incultos, que somos nosotros, pero aun así creo que la cultura en México, cuando es alta cultura, es una cultura de primerísima categoría. La prueba es que este humilde servidor lleva una medalla de la Embajada de Austria por difundir la cultura austriaca. A pago de Maximiliano yo me he dedicado a difundir la cultura austriaca.

—Usted afirmó durante el homenaje a Elías Canneti, organizado por la UNAM, que su relación con ese autor es una relación amorosa. ¿Podría hablarnos acerca del modo como usted se acerca a la literatura?

—Así: desde una relación amorosa. A mí los libros me tienen que gustar; si me aburren los tiro y los dejo de leer. Pero si me gustan los leo eternamente, una y otra vez vuelvo a ellos. Y mi relación con Canneti es la misma que con tantos otros autores austriacos en los que siempre he encontrado un gran estímulo —por afinidad temperamental, si quiere, y sobre todo por la exactitud y el rigor que caracteriza a la literatura austriaca, que para mí ha sido un ejemplo definitivo.

—¿De qué manera el arte contribuye al desarrollo de la sociedad y a la solución de problemas nacionales?

—La ventaja del arte es que es absolutamente gratuito y no contribuye a nada. Lo que hace es que a quienes saben gozar de él los ayuda a vivir. Si esa no es una contribución, entonces ninguna contribución vale la pena.

—¿Querría hablarnos algo sobre los adelantos de su última novela titulada *De Anima*?

—*De Anima* está terminada y debe salir en fecha cercana en España. Mi última novela publicada son esos dos tomos monstruosos que ve ahí; tiene mil ciento quince páginas y se llama *Crónica de la intervención*; salió publicada en la editorial Brugera, también en España. Lo que estoy haciendo ahora es otra novela de la que todavía no hablo porque la estoy concibiendo apenas.

—Nosotros leímos un fragmento de *De Anima* en la revista *Quimera*.

—Exactamente, ése es el principio de la novela. Pero ahora esa obra ya está terminada y la va a editar Montesinos. Después de esa novela hice todo el libro de relatos que publicó el Fondo de Cultura Económica hace poco y que se llama *Figuraciones*. Esas son mis últimas labores como merodeador de la literatura.

—Tal vez ha rebasado lo que hace algunas décadas había pensado: terminar escribiendo tres mil páginas.

—Pues he escrito más y apenas estoy empezando. Lo importante es considerarte siempre en el principio.